

- COND.^a mira, en este instante, siento no haber vivido desde niño á la sombra de tus faldas... (Atigida.) Vente, hijo mío, salgamos esta misma noche para Castro Real; verás cómo se van de tu cabeza los malos pensamientos... Vente; así... no correrá peligro tu vida.
- JAV. ¿No hablabas de honor y de nombre hace un instante?
- COND.^a ¿Es honor batirse por una mujer á quien puedo yo echar de tu casa, sin que tú salgas también dándola el brazo?
- JAV. Las leyes del mundo son tales, que no habrá pulgada más de hierro ni onza más de plomo por ella que habría por ti ó por mi hermana.
- COND.^a No te batirás por un motivo tan vil. ¡Yo lo impediré!
- JAV. No sé como vas á impedirlo... Es decir, sí... tienes un medio... Llamar á mi adversario, Julio Ambas Castillas, y enterarle de que he cometido una acción vergonzosa y no puedo cruzar mi hierro con el suyo... Hazlo si quieres...
- COND.^a ¡Antes me delataría yo y sufriría la condena! Lo que haré será lo contrario. Una donación, firmada, de esas joyas, á tu nombre. ¡Y tu castigo, en manos de Dios! (se arroja sobre el diván, llorando.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

La escena representa el patio del Pazo de Castro Real. El Pazo forma el fondo de la decoración en ángulo. A la izquierda, un emparrado, un banco, una mesa de piedra y debajo del emparrado, una puerta lateral. A la derecha, la portalada practicable, y en segundo término, las casas de los caseros, muy bajas y pequeñas. Al fondo, otra puerta, también practicable, que se supone comunica con las cocinas. El banco tiene en escusón los tortillos ó roeles de Castro y las quinas de Portugal. Hora, la tarde; en las últimas escenas del acto empezará á anochecer, pero sin que oscurezca completamente.

ESCENA PRIMERA

La CONDESA, sentada en el banco, haciendo labor; DON VENANCIO; la TÍA SABIDORA. La Condesa viste muy modestamente, casi humildemente, de lana negra, con cuello blanco

- SAB. Sabidora, ya me lo has contado tres veces; y aunque me lo cuentes cuatro, no lo puedo remediar.
- SAB. Señora mi ama, paloma, ¿y si ucencia no puede, quién podrá en este mundo? El préstamo no es tan crecido, mi señora; veinte pesos... Y yo, sin otra vaca para el sitio de la que murió de la envidia, no me valgo.
- COND.^a Sabidora, no todos los tiempos son iguales.

De sobra sabéis en la aldea que siempre os he prestado sin réditos, y dado, que es más, cuando habéis tenido desgracias. Pero la casa de Castro ya no es lo que fué. ¡La casa de Castro ha bajado mucho, Sabidora!

SAB. Señora mi ama... eso bien se lo anuncié yo á don Venancio, el año pasado por Nadal, que él no dirá menos sino que es la verdá como que habemos de morir, y por cierto que me regañó, diciendo que era pecado anunciar lo que vá á suceder, que sólo Dios Nuestro Señor lo sabe.

VEN. Cierta, Sabidora; usted me contó no se cuántos disparates que había soñado...

SAB. Pero, santiño, si no hubo soñar ninguno; si fué que, saliendo yo de la cocina, por esa puerta, á la media noche, víspera del Aninovo, que habíamos estado cantando las canciones, sobre la misma pared del portal ahí conforme señalo, me veo una sombra muy grande, muy negra...

VEN. Algún gato.

COND.^a Algún zorro.

SAB. No, señora mi ama. ¡Así me salve el Señor! ¡Era, con perdón de ucencia, una cosa del otro mundo! ¡Y conforme yo me vuelvo hacia el Pazo para llamar que me acudiesen, la sombra se desapareció, dando un quejido muy tristel Y entonces pensé dentro de mí: «¡Santiago nos valga, que hay mal en la casa de mis señores!» ¡Y ya ve si hay mal! ¡La casa venida á menos! ¡El señorito tan enfermo, malpocado!

COND.^a (Como á pesar suyo.) ¿Y has vuelto á ver esa sombra, Sabidora?

SAB. Señora mi ama, tan verdá como la tierra me ha de comer, anoche también la ví. En el mismo sitio, señora mi ama.

VEN. (colérico.) Lárguese, bruja, que va teniendo demasiada afición al aguardiente, y ve visiones.

COND.^a No cuentes por ahí todo eso... Hasta es ofender á Dios... Si puedo, te daré, no veinte duros, pero sí un socorro, para mercar otra vaca.

SAB. ¡El Señor la regale; viva cuanto desee! ¡Santa Minia arredre de esta casa todo daño! (Vase.)

ESCENA II

DICHOS, menos la SABIDORA

COND.^a Don Venancio, ya lo ve usted... ¿No podría haber visos de verdad en lo que esta mujer cuenta?... ¡Javier está tan malito!

VEN. Y usia, señora Condesa, ¿va á dar crédito á semejante borracha? Como la llaman la Sabidora, y les echa las cartas, y les saca los cuartos, está en que profetiza. No, pues si llego yo á ser el párroco, la hago hacer penitencia pública, por embustera. Disciplinazos es lo que necesita.

COND.^a Desde que tantas penas han caído sobre mí, no discurro como antes... Mi cabeza se ha debilitado. Lo que hace dos años me haría reír, ahora me hace cavilar... Que el mal está en nuestra casa, eso no hace falta ser Sabidora para verlo... Dios me ha castigado

VEN. ¿Castigar? ¿Y de qué, señora Condesa?

COND.^a Ha castigado mi orgullo, el haberme complacido tanto y tanto en el nombre de Castro Real...

VEN. Eso no era de castigar; tenía muchísima razón en estar orgullosa; que otra casa tan antigua y de tanto respeto como la suya no la hay en las cuatro provincias. ¡Y aunque se quede pobre, más pobre que las arañas, la casa no deja de ser la casa, y la señora Condesa la señora Condesa, y los Castro Real una sangre que viene de reyes y de caballeros muy altos! ¡No parece sino que un

usurero como ese de Barcelos, que la rabia lo coma, que nos ha comprado nuestras vi-
des de la Alumiada, por muchos miles de
pesos que junte, será nunca para descalzar
á un Castro! ¡Mal bicho les entre á las vi-
ñas y á él!

COND.^a Don Venancio, ya no hay que pensar
así... A mí se me han abierto los ojos con
mis desgracias. También yo creí que un
Castro Real era diferente de quien no hu-
biese nacido Castro Real. Y ahora conozco
que cometía un pecado, y además, un grave
error. Todos somos del mismo barro, todos
iguales. Nuestra religión, don Venancio, no
distingue, y nos manda que no distingamos
á los hombres sino por sus hechos, por su
virtud. Esa es la fija... Si un Castro Real
comete bajezas...

VEN. Aunque las cometa, es un señor.

COND.^a Por ser señor parecen más feas en él. La
bajeza está en nosotros y no en la cuna.
¡Don Venancio, ni que fuese usted hijo de
algún príncipe!

VEN. He recibido las órdenes y sirvo á la casa de
Castro. De esto me precio. Y de distinguir
de personas también.

ESCENA III

DICHOS, RAMIRO el arriero.

RAMIRO (Entrando.) A las buenas tardes, mi señora.
Aquí venimos como todos los años, por el
vino de la cosecha. Antes que otro arriero,
está Remiro, y espero que me favoreza, se-
gún es costumbre. ¿Puedo contar con lo que
se vendimia en Castro Real, y me recibe
usía en señal esta onza de oro?

COND.^a Ramiro, este año no es como los otros años...
Poco vino le queda á la casa que pisar y

que vender. La mayor y la mejor parte de
las viñas ya no me pertenece... La Alumiada
se ha vendido.

RAMIRO Señora Condesa, por eso no deje de admitir
la señal. La voluntad de usía y la de éste su
criado, iguales están, y el vino será mucho
ó poco, y de eso ni usía ni yo tenemos cul-
pa, y Dios se lo aumente y nos dé vida para
vendere y comprare... Y ahí le dejo la onza,
que el año que viene otra parecerá.

COND.^a Siendo poco el vino, la señal no necesita
ser...

RAMIRO Señora, no me avergüence la cara desairán-
dome, que buen trabajo me ha costado en-
contrar la onza. Fué preciso mandar por
ella á Oporto, porque las onzas acabáronse.
Pero, como es un costumbre tan antiguo
que la señal del trato con los señores de
Castro sea la onza de oro, y así lo hizo mi
padre, y así mi abuelo con el padre y el
abuelo de usía, yo no he de ser menos, no
he de traer plata.

COND.^a Gracias, Ramiro; más crianza tienes tú que
muchos señores... Dame la mano.

RAMIRO Mi señora, estimo el favor... pero las manos
están estragadas de trabajar, y ahuelen al
mosto y á la cuadra de las mulas... Perdo-
nando usía, no le doy la mano. A la reve-
rencia de usía... (Vase.)

ESCENA IV

CONDESA y DON VENANCIO

COND.^a ¿Creerá usted que me he afectado? Verdad
que se afecta uno por todo. Tantos años
vendiéndole la cosecha á este buen hombre...
Este hombre, don Venancio, es un caba-
llero.

- VEN. ¡Qué ha de ser! Es el tratante de la Guirada, y su mujer tiene taberna.
- COND.^a ¡Vaya una noticia! Lo que yo quiero decir es que, por sus sentimientos, es un caballero cumplido... Y no hay otros, don Venancio. *En cualquier profesión, en cualquier *oficio, el achaque de la caballería sale de *dentro, y no hay quien lo pueda conferir *por esos pergaminos que tan entusiasmado *le traen á usted.*
- VEN. Pero señora, un arriero, por más que usía se empeñe..
- COND.^a ¡Un arriero! ¡Qué importa! Las cualidades están en el alma; si otra cosa dije algún día, me arrepiento. Era humo que yo tenía metido en los sesos... (cambiando de tono.) ¿Está Celina al cuidado de Javier?
- VEN. Sí, señora... ¡Digo! Ahora mismo viene hacia aquí la señorita. Voy yo allá... (se dirige hacia la caza.)

— ESCENA V

DICHOS y CELINA por la puerta lateral de la izquierda.

- COND.^a ¿Cómo dejas á nuestro enfermo? Allá voy yo, para que no esté solo.
- CEL. Queda durmiendo tranquilamente... Manuela cose en la antesala, por si llamase.
- COND.^a *Me alegro de que él repose y de que tú tomes el aire un momento.* Estás paliducha... Debes de encontrarte muy cansada... ¡Una asistencia como esta! ¡Cinco meses ya, entre la vida y la muerte!
- CEL. ¡Pobre hermano mío! Ayer, qué día tan malo pasó. Hoy parece un poco más aliviado.
- COND.^a ¡Ojalá!
- CEL. Yo creo que, en la edad de Javier, por grave que sea su estado, podría sanar... si qui-

- siese. Lo malo es que á mí se me figura... que no siempre quiere.
- COND.^a (Sobresaltada.) ¿Por qué dices eso?
- CEL. No sé... Una idea mía... ¡Dice palabras de un desaliento tan profundo! Cuando habla de la herida que recibió en aquel lance con su amigo Julio, lamenta que no haya sido mortal.
- COND.^a (Aparte.) Así debía ser... ¡Cómo ha de amar la vida! ¡Lleva el peso de una vergüenza demasiado grande! (Alto.) Celina, hija mía, es preciso animar, tranquilizar á tu hermano... ¡Que sane, que viva!
- CEL. (Pensativa.) Sí, madrina, viva él... pero vivamos también los demás, que todos tenemos nuestras aspiraciones. (Pausa.) A Javier, si cura, siempre le queda el recurso de un brillante casamiento; puede elegir á su gusto... Las mujeres no elegimos, y yo, si en este rincón del mundo soy elegida, será por alguien á quien no podré sufrir. Lo único que espera una señorita pobre, es morir soltera ó aceptar al que llegue, aunque sea el usurero de Barcelos, que me ronda. No tenemos otro recurso, y yo... á la verdad...
- COND.^a Hija mía, permíteme que te lo diga: es temprano para afanarse por lo venidero.
- CEL. No, mamá madrina... No es ni temprano ni tarde... Es hora. Allá en Madrid te dije que hoy no hay muchachas, no hay imprevisión, el juicio madruga... He visto, he comprendido la diferencia que existe entre nuestra condición y la de nuestros padres y hermanos. Si yo hubiese sido el varón en la casa de Castro Real, acaso no se vería como se ve. Mi padre fugado, mi hermano moribundo, el caudal en ruina, mi madrastra... no sabemos cómo... De esto, no tengo yo responsabilidad... Esto no hubiese sido, no, mi obra.
- COND.^a Ha sido la voluntad de Dios.

- CEL. Dios ayuda al que se ayuda. He resuelto ayudarme.
- COND.^a ¿Y... cómo? ¿Qué proyectos son los tuyos?
- CEL. Tengo una voz que dicen que es regular. El arte es una de las pocas profesiones permitidas á las mujeres... He escrito, sobre este asunto, á Ramirez Duarte... (Movimiento de la Condesa al oír el nombre.) y me ha conseguido una pensoncita, con la cual viviré en Milán modestísimamente, completando mis estudios y preparándome para la escena... Ahí tienes... No puedo evitar decírtelo.
- COND.^a ¡Para la escena!... ¡Para la escena!... ¡Tú! (Se cubre al rostro con las manos.)
- CEL. (Acariciándola.) Yo, sí, yo, Celina de Castro Real; la misma... Y pide á Dios que sea verdad que tengo facultades, que tengo algo de artista, que puedo seguir esa carrera...
- COND.^a El nombre de Castro Real rodará en carteles, en teatros...
- CEL. Por no causarte más penas, tomaré distinto nombre, y bajo ese nombre me ganaré... no sé si la vida... ó además la gloria y la fortuna... Pero conste, que por tí lo hago. No me avergüenzo de trabajar, de luchar; eso no es desdoro. Yo no creeré que por mi resolución, venga la decadencia de la casa. No ha sido el trabajo, madrina, lo que nos ha perdido... No, no ha sido el trabajo.
- COND.^a Ha sido el olvido de nuestro deber, de nuestra dignidad... Ha sido el apetito desordenado de lujo... Pero yo también tuve mis vanidades, y estoy arrepentida... Vé, hija mía, sigue el camino en que pones tu esperanza... Ayer hubiese tratado de impedirlo; hoy... las convicciones que me sostuvieron toda la vida se derrumban... Lo que tú haces es mejor que lo que tal vez hace Gerarda... Ella me prometió espontáneamente vivir á mi lado... y allá está, y... ni aun quiero conjeturar cómo vive la esposa de mi hijo... (Tomando

la mano á Celina.) Vas á entrar en una carrera peligrosa... Olvida todo lo que fuiste cuando realices tu trabajo... pero, terminada la labor... ¡ah! entonces, hija mía... acuérdate...

- CEL. No tengas miedo.
- COND.^a ¡Celina! (La besa con ternura.)

ESCENA VI

DICHAS, DON VENANCIO y JAVIER

- JAV. Un pinito... ¿eh? Un pinito... Hoy que no me han dado los ahogos que me dieron ayer... me parece que puedo... (Le acomodan en el sillón que ocupaba la Condesa, y le ponen detrás de la cabeza un almohadón que Manuela trae.)
- COND.^a (A Manuela.) Aprovecha el momento para arreglar su cuarto... (A Javier.) ¿Cómo te sientes, hijo mío?
- JAV. Algo mejor. Sin tanta opresión... Mejor, sí.
- VEN. ¡Si está con una cara más buena! Mientras la señora le hace compañía, voy á atender á los vendimiadores, y vuelvo en un santiamén. (Sale por la portalada.)
- COND.^a Con este magnífico tiempo, vas á mejorarte... Verás cómo empiezas á pasear algo...
- JAV. (Tristemente.) Los paseos que yo dé... ¿Crees que me ilusiono? Es cuestión de tiempo... de muy corto tiempo.
- COND.^a No disparates, Javier. ¡A tu edad! La naturaleza ofrece tantos recursos! Y nuestra Virgen de la Ermita también ha de oírnos...
- JAV. (Confidencialmente.) Y... ¿es posible que no te hayas convencido de que yo... no debo sanar?
- COND.^a ¡Javier! ¿Por qué? ¿Por qué me dices eso?
- JAV. ¡Como si no lo supieses de sobra!
- COND.^a Si lo supiese, lo habría olvidado. ¡Silencio!... Cálmate... No hables de eso... Te prohibo hablar...

- JAV. Déjame, déjame, si me sirve de desahogo... ¿No reconoces que es mejor, infinitamente mejor, que yo no recobre la salud? ¿Crees que si sano seré mejor que fui? ¡No lo creas! Sería exactamente lo mismo... Llevo *eso* en la sangre... Llevo todo el vicio de mi época en el alma.
- COND.^a No digas tal; te estás calumniando, hijo mío. Si algo hiciste... iba á decir algo indigno de un Castro Real... pero no, algo indigno de cualquier hombre honrado... bórralo, bórralo con tu conducta, con tu firmeza para vivir bien... Toda falta puede borrarse... Yo te he perdonado... Lo anterior á tu herida, olvídale...
- JAV. ¿Olvidar? Aunque yo lo olvidase, ¡lo recordarias tú! ¡Vaya si lo recordarias! ¡No me lo niegues! Sería contra tu voluntad... pero, ¡acordarte! ¡Eternamente! ¿Crees que no te conozco? Tu alma es derecha, tú no has faltado.. El que no falta, no olvida.
- COND.^a ¡Javier mío! Sólo entrañas tengo para tí... ¿lo oyes? ¡Sólo entrañas! ¡Vive, es mi único afán!
- JAV. No es posible... Tú me desprecias... en lo hondo... pero me desprecias... ¡Cómo has de olvidar tú por quién me batí! Ahí tienes... Si hubiese recibido la herida defendiendo á la patria... tú la besarías. ¡Pero estol...!
- COND.^a Te beso como cuando eras niño. ¿No sientes en el calor de este beso, el amor de madre, que no pone condiciones? Javier... prométeme, prométeme que vivirás... Dios perdona... Pero mira, si Dios no perdonase, creo que las madres seríamos capaces de enseñarle el perdón.
- JAV. ¡Es verdad! ¡Lo siento, me has perdonado! ¡Gracias, madre, gracias!

ESCENA VIII

DICHOS, DON VENANCIO, por la portalada.

- VEN. Queda dispuesto el trabajo de los vendimiadores... Al señorito, ¿qué tal le ha aprovechado tomar el aire?
- COND.^a Bien... ¿Verdad que tiene la cara más alegre, un color mejor que cuando se sentó ahí? Si pudiese resolverse á tomar algún alimento sano y sustancioso... ¿Te lo traigo, hijo mío? Sí, ahora que queda contigo don Venancio acompañándote, voy á prepararte y á servirte yo misma una buena taza de sustancia de carne. (Javier hace débiles signos negativos. La Condesa no le atiende, y sale por el fondo.)

ESCENA IX

JAVIER, DON VENANCIO

- JAV. Dejarla... Si con eso se consuela.
- VEN. Coma el señorito, coma; que por comer no le ha venido nunca mal á nadie.
- JAV. Pero, santo varón, ¿es posible que tampoco usted, cegado por el cariño que me tiene, comprenda?... No sanaré... Lo sé de cierto... Lo han dicho los médicos de Madrid llamados en el primer instante de mi grave herida... Sería el sanar yo uno de esos casos extraordinarios... Puedo recobrar, y la he recobrado varias veces, una apariencia de salud, pero, á la hora menos pensada, se rompe aquí dentro el depósito que se ha formado al cicatrizar en falso la herida, ¡y entonces... entonces!
- VEN. ¡Señorito, no haga caso de los médicos! ¿Qué saben ellos de lo que pasa dentro? ¿Qué sa-

ben ellos del día ni de la hora? Hay otra sabiduría por encima de su ciencia y otra voluntad por encima de sus fallos... Espere muy firmemente en ella, que yo sé que puede darle salud y volverle tan alegre, tan robusto como antes. ¡Créalo, señorito, si Dios quiere curarle, con tanto como se lo estamos pidiendo la señora Condesa y yo, y todos, le cura! ¡Los médicos! ¡Ríase de los médicos! Yo estaba desahuciado de chiquillo... ¡y aquí me tiene tan campante!

JAV. (Reanimándose gradualmente.) Mire usted que si yo sano, menudo chasco para los señores doctores. ¡Qué plancha la suya!

VEN. Pero, señorito, si apuesto lo que no tengo, á que así es. (Mintiendo con aplomo al observar la animación de Javier.) Si hasta las hechiceras y las brujas le anuncian salud... Esta mañana, la Sabidora...

JAV. Pues esa no profetiza sino desastres.

VEN. Pues esa misma anunció que, dentro de un mes, por su pie andará el señorito.

JAV. (Con mayor alegría.) ¡Por mi piel! ¡Andar! ¡Ir á las viñas! ¡Cazar codornices!

VEN. (Encantado.) ¡Y perdices! ¡Y que las hay este año á bandadas! Yo no sé tirar, pero llevaré la escopeta por adorno... ¡Si viese, señorito! El perro se ríe de mí... El perro me hace burla... Como vió que una vez que tiré no maté nada, ya no quiere ir conmigo.

JAV. (Riendo, muy alborozado.) ¿Conque el perro? ¡Qué gracioso! Conmigo querrá... Iremos, iremos al monte y cazaremos mucho... cuando yo... cuando mis piernas... (Intenta levantarse. Se detiene y se lleva las manos á la garganta.) ¡Ah! ¡Socorro! ¡Madre! ¡Me así...! (No puede continuar.)

VEN. (Aterrado.) ¿Qué le pasa? ¡Señorito! (Con terror.) ¿Será? Virgen de la Ermida... ¡señorito querido! ¡Javierito! (Toca el cuerpo de Javier.) ¡Si parece que...! ¡No, no puede ser!

ESCENA X

MANUELA, CELINA por el fondo; JAVIER y DON VENANCIO

VEN. ¡Manuela! ¡Señorita Celina! ¡Ayúdenme á llevarme á casa al señorito Javier!

CEL. ¿Qué tiene?

MAN. ¿Está peor?

VEN. No sé... Hablaba conmigo, tan contento, bromeando... Quería salir de caza... Y de pronto...

CEL. ¡Hermano mío! ¡Un ataque! ¡Don Venancio, si parece que no respira! (A Manuela.) Volando, á Cebre, por el médico...

VEN. (Al oído de Manuela.) Volando, por si alcanzasen, a la parroquia por los Santos Sacramentos... (Don Venancio y Celina levantan á Javier; éste se reanima un instante, y sostenido por los dos va trabajosamente hasta la puerta de la izquierda.—A celina.) Que no se entere la señora Condesa. (Entran en la casa por la izquierda. A Javier.) Animo, señorito... Un esfuerzo...

ESCENA XI

LA CONDESA, por la puerta del fondo; trae en la mano una taza que deposita en la mesa de piedra. Mira alrededor.

COND.^a ¿Qué es esto? ¿Se han marchado? Lo fresco de la tardecita molestaría al enfermo.. ¡Manuela, Manuela! ¡Don Venancio!

VEN. (Saliendo por la puerta de la izquierda, desencajado, aterrado.) Señora... Mi señora...

COND. ¿Qué pasa? ¿Qué tiene Javier? ¿Por qué se ha retirado?

VEN. Señora... El señorito estaba de tan buen humor... Hasta quería andar... Y de pronto... Un desmayo... (Vuelve adentro.)

- COND.^a Allá voy.. (Quiere entrar.)
 CEL. (saliendo.) No entres, madrina mía... No entres...
 COND.^a (Mirando fijamente á Celina é interrogándola en un grito.) ¿Es?..
 CEL. (Arrojándose en brazos de la Condesa.) ¡Sí! (Lloran abrazadas un momento.)
 COND.^a ¡Hijo mío! ¡Desdichado hijo mío! Quiero verle..
 CEL. No... después le verás... Aguarda...

ESCENA XII

GERARDA, en traje de viaje muy sencillo, por la puerta de la portada; trae á su niño de la mano. Detrás de ella una niñera ó miss, que se queda en segundo término.

- GER. (Alegremente.) ¡Madre mía, aquí estoy! ¿No te había dicho que vendría? Aquí estoy... Perdóname que venga así, sin avisarte. Dejo arreglados mis asuntos, asegurada una pequeña fortuna á mi niño... Todo como lo hubieses hecho tú misma... Y vengo á no separarme nunca de tí... ¿Qué pensabas? Pero, ¿qué sucede aquí? ¿Qué tenéis?
 CEL. (Tristemente.) Javier... ya sabes... ya sabes lo enfermo que quedó después de...
 GER. Y.. (Celina hace un gesto de dolor, señalando hacia la Condesa que llora.—Respetuosamente.) Madre mía... seremos dos á llorarle... Yo no me separaré de tí nunca... No soy de tu sangre, pero soy de tu alma...
 COND.^a (Abrazándola.) Hija mía .. la mejor sangre que hay aquí es la tuya...
 GER. (Cogiendo en brazos á Baby y presentándosele á la Condesa.) Aquí tienes al sucesor de la casa.